Las Vías del Tren

Muchos días pasaron ya desde que Shinta salió de la capital por razones de negocios, su viaje poco común sorprendió a sus amigos y familiares, los cuales estaban acostumbrados a su agradable presencia y buen parecer, pero todos confiaban que pronto regresaría, porque junto al altar se encontraba su linda prometida, Minel, la cual lo esperaba día y noche para que cumpliera la promesa que juntos hicieron aquél atardecer en el lago, cuando las luces que jugueteaban entre las pequeñas olas se confundían con las hadas que bajaban de las montañas a darse su baño sereno, quedando así listas para sus virtuosos bailes nocturnos.

Su amigo y socio Caled no dejaba cada día de llevar inventario de las transacciones que Shinta cada mañana, según su rutina, ejercía en su pequeño taller y, aunque en el pasado, en su lejana juventud, pelearon hombro contra hombro por el amor de la hermosa Minel, seguían siendo los mejores amigos, los más allegados compañeros... Muchas veces las personas de la capital los veían con gracia al recordar todas las tretas que se jugaron el uno al otro sin tener el mayor éxito, y cómo en un arrebatado de coraje y valentía, aquella noche bajo la lluvia, Shinta se dirigió al paso norte donde ella se encontraba y, aunque tembloroso y confuso, le dijo que la amaba y que quería que ella fuera su única estrella. Se dice que aquella noche él le canto la balada perdida de los tres mil amores y entre sueños despiertos ella apreció como todas las hojas que danzaban en los árboles seguían con sus melodiosas voces la tonada, haciéndola sentir simplemente esplendida... Lo que sucedió después no es necesario contarlo. También se dice que Caled lloró durante diez días y diez noches y que de sus lágrimas nació un cristalino riachuelo, del cual beben los campos de flores más bellas que mis ojos jamás han visto y en el cual las estrellas, en noches serenas, bajan en un camino de luz para adementar su sed.

Aquella mañana, muy temprano, Caled vio cómo su amigo pulió sus zapatos hasta el cansancio, se colocó su mejor vestimenta, aquella que vendería para completar el costo de su traje de bodas, y después tomó su maleta, la cual desempolvó y no se preocupó por llenar en aquel momento. Finalmente, muy tenuemente, como si sólo hablara su espíritu, le dijo aquellas palabras que serían las últimas que saldrían de su boca en aquel pequeño pueblo hasta ahora. Y aunque el alba no llegaba aun, salió deprisa, caminando invisible como el viento por los rieles del tren. Desde ahí, no hay día en que el ferrocarril no pase a esa misma hora, como recordándole a todos que Shinta existió... que no fue solamente una ilusión.

Es aquí donde tiendo a imaginar si aquella es sólo una historia triste o si acaso existe un buen final, donde en su regreso triunfal al pueblo Shinta se casa con Minel y viven felices por siempre acompañados por la luz del sol y la luna, o si

en vez de ello, este decide nunca regresar, tal vez tendido bajo tierra fangosa deseando la última caricia que pudo recibir en vida.

Sueña, sueña dulce melodía de verano, canta cómo Shinta, a su llegada, vio con pesar una pequeña tumba con su nombre, una triste y gris lápida que en honor a él que las personas de la capital habían construido en medio del cementerio; cuéntenos que pensó al ver que, aquella casa, con la cual siempre había soñado, había sido demolida para construir otra nueva y mejor de la cual salieron dos mellizos, un niño y una niña, con los ojos de Caled y la sonrisa de Minel.

Una semana antes de su nueva partida, Shinta me contó cómo después de su salida él peleó con la muerte durante cinco largos años, no por su propia vida, sino por la de ella... Y aunque todas las mañanas junto al tren enviaba con el viento sus mensajes para ser recordado, es triste el hecho de que aquella promesa rota no fuera lo suficientemente fuerte para ser esperado.

Caled y Minel nunca se enteraron de su regreso, y todos los que algún día lo vieron en el pueblo saben que es mejor callar el fin de este relato para siempre, porque lo único verdaderamente importante para Shinta es el bienestar y la felicidad de su bella amada. Y aunque él nunca la vuelva a ver, ella siempre seguirá junto a él en su recuerdo, aunque no como el fin de su camino, si no como la confirmación de que siempre hay que seguir adelante sin importar lo triste o feliz que pueda ser el pasado.

Antes de partir le pregunté a Shinta cuáles eran las últimas palabras que le había dicho a Caled en aquella mañana, y él me dijo entre leves sonrisas: - *Lo que le dije esa mañana a Caled fue: Amigo, a veces las personas caminan en diferentes rieles de una vía de tren, y aunque siempre irán juntas, nunca las verás cruzarse por más tablonas que intenten mantenerlas unidas, ya que su destino nunca fue formado para estar el uno con el otro... pero no debes preocuparte, por que de seguro, en alguna parada, otra persona estará esperándote, dispuesta a seguirte por ese riel y ya nunca más estarás solo- y,* dejando escapar un leve suspiro de tristeza, continuó – *Es curioso, nunca imaginé que yo fuera sobre aquel otro riel, ahora sólo queda esperar la siguiente parada-*

Desde ese momento, nunca nadie más en la capital lo volvió a ver, pero bien, ahora sólo espero que aquel buen amigo, en cualquiera de sus paradas, haya encontrado a aquella persona con la cual pueda compartir su camino.

Fin